

DE POLLOS Y AVESTRUCCES

Volvía Santos de esponjar la paja del cobertizo con el tridente en la mano. De lejos, divisó a la entrada de la granja una inconfundible silueta que no tardó en reconocer. Limpió sus manos en la servilleta que colgaba del bolsillo trasero de su mono de trabajo. Aquel mugroso trozo de tela le extendía más roña de la que arrastraba; aún así, se detuvo enroscando el grasiento trapo en sus dedos con parsimonia. Con los ojos entornados, mantenía su mirada bajo la sombra del ala inclinada de su sombrero. Apuntaba con ella a la camioneta que había estacionado a unos metros de distancia. De ella descendía la figura de un hombre enjuto, con gorro vaquero y botas de punta, que caminaba hacia él, recortando un oscuro trazo esmirriado y larguirucho sobre el péndulo naranja del sol del atardecer.

«¿Qué carajo hacía allí el Largo? Nada bueno. Eso seguro».

Los esbeltos arcos de agua trazados por los aspersores enmarcaban su desgarbado paso. La luz incidía en el líquido transparente, desplegando un juego de colores que, a Santos, cuando regresaba de limpiar estiércol, le parecía pura poesía.

Acortaba el forastero la distancia entre los dos, crujiendo la grava bajo sus pies y levantando polvareda a su paso. Un avestruz despistado emprendió una galopada hacia él y obligó al Largo a detenerse. El bicho corrigió su trayectoria meneando su emplumado trasero y lo esquivó.

—¡Vaya bienvenida, amigo! —exclamó con los brazos abiertos el Largo, mostrando un entusiasmo no correspondido por Santos, que lo observaba sin mover un músculo.

Lo había localizado. Le inquietaba. Pero más aún que se hubiera molestado en ir a buscarlo.

—¿De verdad te dedicas ahora a criar estos pollos?

—Se llaman avestruces.

—Ya... avestruces, pollos... ¿qué diferencia hay?

—Duermen con los ojos abiertos —cortó Santos arrojando el trapo a la barandilla del porche con todo el desprecio del que fue capaz.

Unía al Largo y a Santos una rancia relación de muchos años —demasiados—, tortuosa y accidentada en la mayoría de sus episodios.

Nacieron pared con pared, hijos de vecinos enemistados por todas las desavenencias que pudieran existir entre vecinos. Sus familias litigaban por las lindes, los medianiles, el agua de los riegos, por la altura de las ventanas. Más de una vez el padre del Largo había tumbado de un puntapié la puerta colindante, encañonando a su morador con la escopeta porque una oveja hubiera saltado la verja.

Casi siempre era el padre de Santos quien imponía cierta cordura para impedir que la pólvora prendiese y todos saltasen por los aires. Hinchas de equipos rivales, militantes de partidos políticos contrarios, se disputaban en la feria agrícola anual de la comarca el título de la calabaza más grande y en la de ganado el del choto más gordo. El mejor gruñido de cerdo, el lanzamiento de boñiga seca o el concurso de baile con botas embarradas: todo torneo era válido.

Hijos de esta pugna continua y absurda, el Largo y Santos, como contrapunto, eran amigos por necesidad, porque no había más muchachos en el vecindario y porque, de no haberlo sido, sus padres hubieran muerto a palazos.

El Largo, tramposo por deporte, siempre se las ingeniaba para salir ganando. Trucaba canicas, ocultaba pesos en las carreras de carretillas, marcaba cartas o falsificaba cromos. Todo valía.

Santos le seguía el juego. Le importaba poco ganar o perder. En un entorno en el que lo más emocionante era ver cómo salía y se ponía el sol, le resultaba divertido el ingenio de su compañero para burlar las reglas. Hasta un día en que dejó de ser tan divertido.

El Largo estaba empeñado en buscar un golpe de suerte para trincar dinero y salir de aquel agujero de aburrimiento. Trabajar honradamente no estaba dentro de sus esquemas. Sin embargo, dedicó horas y mucho esfuerzo a diseñar un metódico plan que subvencionara su partida.

Y así fue como Santos y el Largo se convirtieron en vendedores de un milagroso remedio para curar las hemorroides. Tarros de pequeñas dosis, falsos prospectos y artísticas etiquetas. Abarrotaron la carreta con ello y se echaron al camino a venderlo por las poblaciones cercanas.

Salían por la mañana, dando esquinazo a las clases, y regresaban al caer la tarde. La noche la dedicaban a embotellar frascos. La pócima secreta se vendía como churros a la puerta de la escuela —a la que no asistían dada su ruta comercial—.

Fue corta la previsión de tanto sufrimiento en silencio por esta dolencia en la comarca, y muy larga la labia del pequeño charlatán, muy convincente al defender la eficacia de su extraordinaria medicina. Con el negocio viento en popa, multiplicaron su producción.

Daban color al aceite de la cosechadora con hierbajos como la albahaca morada, que teñía de púrpura intenso y permanente lo que tocaba. También las cejas de Santos por descuido, circunstancia que les delató y se armó un cristo de muy señor mío.

El padre del Largo acusó al de Santos de tener un delincuente por hijo y de haber arrastrado al delito al suyo —¡Ven aquí, Cierzo malo!—. En esas estaban, con el padre del Largo remolcando de la oreja al pobre de Santos por el lodazal de las porquerizas, cuando comenzaron a desfilar paisanos de aldeas cercanas por la enfermería del pueblo, con el trasero teñido como el culo de un mandril. Tal fue el revuelo, que Santos y el Largo estuvieron limpiando de estiércol la comarca durante meses para compensar el escándalo del «Timo de la nalga morada», como se bautizó su hazaña.

Los escarmientos que iban acumulando fruto de sus travesuras cada vez más atrevidas, lejos de conducirles al buen camino, alimentaban el deseo de tocar la tecla que les sacase del tedioso destino de una vida de granjeros.

Santos sabía que seguir al Largo no era inteligente, pero una vida rodeado de ovejas, gallinas y calabacines le asqueaba aún más que dejarse mangonear por la mente trilera de su compañero.

Andaba muy seguro el Largo de la lealtad de su cómplice de fullerías, al amparo de un pacto de sangre al que sometió a su amigo, una tarde a la vuelta del recuento de ganado. Con menos habilidad que ingenio, al Largo se le fue la mano en el juramento y le metió un tajo con la cuchilla de esquilar ovejas a Santos, al que le quedó una enorme cicatriz de recuerdo en la barbilla. Es cierto que le daba un aire aventurero interesante, pero eso a Santos no le compensó. Además de la cuchillada, le cayó un buen castigo por andar enredando con las herramientas.

Combinaban, desde el principio al que Santos intentó poner fin en repetidas ocasiones, como el vinagre y la lejía, una mezcla tóxica y peligrosa. El uno porque su mente calenturienta no dejaba de idear planes fraudulentos y el otro porque le seguía allá donde le enredara, por más convencido que estuviera de ir directo al cataclismo. Y allí fue donde acabaron en la siguiente aventura: el Largo no era diestro con la esquiladora, pero sí con la cuchilla y la tinta falsificando documentación.

Comenzaron con las notas del colegio. Cuajaron los boletines con sobresalientes y matrículas, lo que les proporcionó, por parte de sus padres, la recompensa de libertad para campar a sus anchas. Y campando con tal holgura, el Largo dedicó su tiempo y su ingenio a falsificar unos títulos de propiedad que designaban el pleno dominio de unos terrenos imaginarios, en una isla de localización igualmente imaginaria, llena de incalculables riquezas.

Diseñó un entramado de planos, folletos y panfletos que describían las tierras más prósperas y fértiles, ubicadas al otro lado del océano. Su situación geográfica: inmejorable; sus campos: propicios para el cultivo del azúcar y el tabaco. Había agua en abundancia y los poblados estaban habitados por gente amable y dispuesta a trabajar. Creó su propia moneda, un himno, una bandera y un mapa detallado. Inventó una isla ficticia para colonizar y la repartió en pequeñas porciones a precios atractivos para promover su compraventa con rapidez. La bautizó con el nombre de Valandria.

Y de este modo tan aparentemente ingenuo, el Largo y Santos se convirtieron, solo unos años más tarde, en estafadores a gran escala.

Con el plan tramado al detalle, lanzaron una moneda al aire para determinar quién se compraría el uniforme para hacerse pasar por un honorable militar en situación de retiro, ampliamente condecorado y dedicado a las inversiones inmobiliarias. La cruz cayó del lado de Santos y fue este quien se dejó crecer un puntiagudo bigote que bordeaba la cicatriz de su barbilla. Se colgó la colección de medallas que el Largo confeccionó con terciopelo, botones metálicos y chapas de refrescos. Portaba una carta de recomendación del embajador de Valandria que, por increíble que a ellos mismos les pareció, les abrió las puertas de bancos y sociedades de inversión por doquier.

Los títulos de los terrenos de Valandria se vendían a la misma velocidad que les quitaban de las manos el unguento de las nalgas moradas años atrás. Cuando hubieran colocado la última de las participaciones en el mercado debían huir lejos, pues, sin posibilidad de duda, los incautos inversores descubrirían el engaño con pocas risas.

Y así lo hicieron. Cuando la última finca de Valandria tuvo propietario —un boticario jubilado que buscaba deshacerse del necio de su yerno enviándolo bien lejos—, cerraron la maleta con los últimos billetes recaudados y partieron a la gran ciudad.

El plan incluía, por este orden: afeitarse el bigote, beber cerveza a raudales y bailar frente a la hoguera donde arderían todos los souvenirs de Valandria: los mapas, las postales de su costa paradisíaca y las monedas fabricadas con tachuelas de correa de perro. Por último, se despedirían tomando caminos distintos.

Pero el boticario y otros muchos como él no se conformaron con denunciar ante los juzgados. Organizaron batidas para encontrar a los artífices de la estafa y no tardaron en dar con el Largo. Incapaz de huir de su naturaleza, dejó un rastro fácil: saldó la cuenta del hotel con pagarés falsos. Algo más costó que le echaran el lazo a Santos. Más prudente, se ocultó en una pensión barata y se ganó el cariño de la casera. Vulnerable a la cicatriz de su barbilla y al azul de unos ojos que ella halló sinceros, lo encubrió durante el tiempo que pudo.

No fue suficiente el escondite ante la confesión del Largo, que delató el paradero de Santos. Poco después, los huesos de ambos dieron en la cárcel en celdas contiguas.

Y fue allí, en la oscuridad del sucio habitáculo en el que permaneció preso, donde Santos se prometió a sí mismo no volver a escuchar ninguna de las fantasías del Largo.

A través de la rendija de la cancela, como ya esperaba, recibió todo tipo de propuestas de su amigo: sobornos a carceleros, fugas nocturnas a través de túneles cavados a cuchara, simulacros de enfermedades para camuflarse en la camioneta de la enfermería... Todas fueron desoídas por Santos, quien finalmente salió por buen comportamiento tras cumplir gran parte de la condena.

La granja de avestruces fue su huida. La herramienta para redimir su conciencia. Necesitaba demostrar que era capaz de trabajar en algo honrado, sin engañar a nadie, incluido a él mismo. Y, por encima de todo, probar que sobreviviría sin su medio cerebro del que, en los últimos meses sin buscarlo, ya había recibido alguna noticia.

En el diario descubrió un titular sobre una estafa piramidal y venta de bonos falsos. Tenía la absoluta certeza de que la huesuda mano del Largo firmaba el fraude. Leyó la crónica consciente de ingerir veneno de forma voluntaria. Le producía rechazo, pero a la vez percibía un hormigueo en la cicatriz de su barbilla. Le cosquilleaba durante horas, como el diabético y la tentación de un bombón a sabiendas de que el azúcar será fatal.

—¿Vivir rodeado de caca de pollo era la ilusión de tu vida, Santos? —le escupió a la cara el Largo.

Santos continuaba en el mismo sitio, la misma inclinación de su sombrero. Recibía impasible el cubo de ironías, reproches y descaros que el Largo le arrojaba desde que puso un pie en su granja.

—¿Este es tu sueño ahora? ¿Competir con el huevo más gordo en una feria avícola?

Santos no respondía a sus ataques.

El Largo dio un paso hacia él. El mismo avestruz que había iniciado la embestida a su llegada, intimidado, cavó un agujero en el suelo con el pico e introdujo sus huevos para protegerlos. Al realizar la maniobra, metió la cabeza en el hoyo.

Los compañeros de andanzas observaron la secuencia en silencio.

—Entiendo, Santos. Me marcharé. Pero antes te mostraré la razón de mi visita —introdujo la mano en el bolsillo y sacó dos estampillas envueltas en un pañuelo—. Sellos, Santos. Inversiones filatélicas... Un par de movimientos y podemos retirarnos de por vida.

¡Ni el mismísimo demonio sabía tentar a un alma pecadora con tanta sutileza!

El Largo guardó el pañuelo, envolviendo con cuidado los documentos timbrados, y dio media vuelta para volver por donde había venido.

Santos acarició su barbilla. ¡Cómo picaba, la muy bandida! Echó un vistazo a sus avestruces y gritó:

—¡Solo son pollos! Comen más y son más guarros, pero solo son malditos pollos grandes.

El Largo sonrió por toda respuesta.

—No pienso dejarme bigote... —añadió Santos amenazando a su, de nuevo, socio con el dedo—.

Asegúrate de ello: el embajador de Valandria coleccionará sellos. Pero bien afeitado.